

las fuentes de esta *profesión*, nos la encontramos, en que siempre los primeros ensayos para lanzarse á implorar, van acompañados de suficiente dosis de alcohol, que sea capaz de vencer la resistencia de la parte moral (ó sea de la vergüenza de cometer un acto, que si no fuera ilegal, jamás debiera producirla.)

Si los resultados en esta primera prueba son beneficiosos, entonces el sujeto, sienta ya plaza de hecho en la *corte de los milagros*, en donde al cabo de corto tiempo refina sus conocimientos en esta clase de industria, pudiendo muy bien alcanzar la gloria de doctor por su aplicación; y relucientes monedas de cinco duros, si es que es tan prudente, que no se las deja antes en la taberna ó sidrería.

Decimos que son varias las categorías de estos parásitos y estamos en lo cierto: desde el fraile que se escuda en un sagrado ministerio para pedir, hasta el ser decrepito y deformado que de su *ficticia fealdad* hace negocio, todos pertenecen á una misma familia, aunque á distinta clase ó categoría.

Nada diremos de los primeros, por ser asunto espinoso en estos tiempos; pero conformémosnos con los restantes.

Tenemos en nuestra ciudad, después de todas las órdenes monásticas que piden, primeramente, las *plañideras* (nombre técnico de la profesión) una de las categorías más productivas de la clase; estas se lanzan escaleras arriba de todas las casas, siguiendo escrupulosa religiosidad en las numeraciones y calles, llegan al piso primero y antes de llamar, entonan sus salmos, que aquí son en vascuence y en otras partes en el dialecto que se hable; al cabo de cierto tiempo de ruido, pegan fuerte aldabonazo á la puerta; una vez esta abierta, rara es la casa donde no se le dá una moneda ó pan (en este país el pan lo desprecian y suelen dejarlo debajo de cualquier escalon del tramo; en otros lo recoleccionan, pero es para venderlo y gastar en vino.) Igual ejecución desempeñan en todos los demas pisos.

Si por casualidad llaman en alguna casa donde se les conoce y se les niega la limosna, entonces increpan duramente al habitante y suben ó bajan los escalones *refunfuñando* (las más de las veces, en este caso, el mendigo es hombre y va borracho, ejemplo en casa de un amigo nuestro, hace pocos días un pobre fué tan importuno en su modo de llamar y en sus palabras, que como le negaran la limosna y cerraron la puerta, golpeó fuertemente esta con un palo y desafió al dueño para que saliera á la calle; y como dato importante imploraba la caridad en nuestro hermoso dialecto, aparentando no comprender el castellano; pero cuando llegó la hora de insultar lo hizo con tanta elocuencia como cualquier pillastre del Lavapiés de Madrid.)

La pobrecita que venia á mi casa todos los sábados y la daba *un perro chico*, he sabido después que tiene dos casas por

alquilar amuebladas y quizás más colchones que la Misericordia.

Siguen después en categoría los impedidos físicamente por deformidades siempre enormes ó á consecuencia de haberse inutilizado en el servicio militar, en las minas, ó en cualquiera otra industria.

De estos, afortunadamente, pocos son los que recorren nuestras calles: por regla general, suelen escoger por campo donde ganar el jornal, los paseos públicos, los sitios de romerías, ó las carreteras muy frecuentadas.

Madrid, como población grande y centro universitario de esta clase de *profesión*, abunda en infinidad de estocacos y á cual más sorprendentes por lo raro; unas veces es un hombre sin brazos, otras (y esto muy frecuente) es una mujer baldada, que se arrastra por el suelo, con sus cuatro remos; en alguna ocasión, se nos ofrece un hombre hundido de cuerpo, cuyas extremidades inferiores, parecen nacer de las regiones escapulares, ya aquel nos presenta una mano con ocho dedos y una asquerosa úlcera en su pierna y aqueste otro exhibe su de-comunal cabeza, con un ojo huero y el otro poco menos. Todos lanzan lastimosos quejidos, palmas caritativas, compadézcanse de este desgraciado! claman á grandes voces ¡gracias á Dios que veo un caballero (esto lo dicen aunque sea á un aguador) que me vá á soportar con alguna cosa. Y para que la compasión sea más intensa, suelen revolcarse por el suelo como dando á entender que no pueden valerse, y no obediendo tantos movimientos á otra cosa que al mucho vino que beben, para como ellos dicen, poder estar en voz.

Ninguno de estos se contenta lo menos con 5 ó 6 duros diarios de jornal.

La mayor parte de todas estas deformidades son simuladas ó fingidas; con el cauchout hacen dedos y narices enormes, los cuales se aplican con bastante arte; la esperma (estearina) derretida sobre la piel, frotada antes esta con ajos, ó cualquier otro excitante, simula perfectamente un icteris ó una pelagra: con un sopete ó una pajita introducida entre la piel y el tegido celular é introduciendo por estos conductos corrientes de aire semejan grandes hidropesias ó anasarcas y cuando esto ocurre con los niños y en su cuero cabelludo, pueden simular perfectamente, verdaderas hidrocefalias. Con los preparados de plomo, se ocasionan úlceras, que sostienen con otros agentes y embadurnan con barnices, para aparecer más repugnantes. Suelen también fajarse de una manera perfecta, las extremidades torácicas, al tronco, para aparecer faltos de brazos.

Siempre recordaremos á este tenor un notable hecho del cual fuimos testigos, siendo Interno del Hospital general de Madrid.

Se trataba de un sujeto reumático, el cual á pesar de su padecimiento no había presentado alteración notable estética, ni de sus articulaciones, ni de sus miembros:

este individuo, mendigo de oficio, causó estancia en dicho hospital, durante todo el invierno del 77, intercediendo siempre para que no se le diera el alta, por carecer, según decía, de recursos suficientes con que poder vivir. Aproximándose el día de San Idro, romería popular del pueblo de Madrid, por ser su patrono, con gran sorpresa nuestra nos pidió el alta, á lo cual accedimos gustosos, saliendo en perfecto estado de haber podido ganar un jornal, en cualquiera industria; llegado el día de este Santo y dirigidos con nuestra familia hacia el lugar en que se celebra sus funciones, hubo de llamarnos la atención un fenómeno raro que se interponía en medio del camino y que á voz en grito, demandaba caridad, de la cual había hecho gran colecta: el caso no era para menos, un hombre sin piernas ni brazos, una pelota que rodaba por el suelo y en la que no se distinguía á duras penas, una humana cabeza, pues esta estaba tan deformada, que su cara solo ofrecía un solo ojo y una erisipela del tipo de las fletmonosas; ante tan semejante fenómeno hubimos de detenernos largo rato y como sospecháramos que allí hubiera más de ficticio que de verdadero, le dirigimos algunas frases, á las cuales contentó dándose á conocer, pues no era otro, que nuestro enfermo reumático, dado de alta pocos días antes. ¿Cómo se había desfigurado de aquel modo? una vez en la prevención, á la que le hicimos conducir, se pudo apreciar hasta mérito y ardor en los aparatos que había inventado, para aparentar desprovisto de piernas y brazos. (El primer día que imploro la caridad de este modo, recolectó 152 pesetas, sin contar, lo que gastó en vino y chorizos que fué su alimento de aquel día.)

E. N.

San Sebastian 18 de Mayo de 1883.

(Se continuará.)

Damos gracias al Alcalde, Sr. Lizasoain, por haber tomado en consideración nuestra denuncia acerca del másimo estado en que se hallaba el terreno destinado para servir de emplazamiento á la nueva Cárcel, y que ha quedado ya limpiado de las aguas estancadas que en él existían.

No esperar que ese celoso y digno Alcalde proseguirá las gestiones que ha comenzado á practicar en el asunto, y removerá el expediente de construcción del edificio penitenciario que allí ha de levantarse, y cuya necesidad se deja sentir, cada día más y más, dada la situación deplorable de la ruinosa cárcel actual.

Bueno es pensar en el establecimiento de paseos, fuentes públicas y en toda clase de objetos de recreo; pero ha